

# El ajo macho



**LORENZO MARTÍNEZ CALVO**  
Presidente de la  
Asociación de  
Anticuarios de  
Madrid

**D**espués de más de cien kilómetros de viaje por una carretera tortuosa – habíamos quedado en un lugar convenido-, me encontré con Faustino, que me esperaba, según me comentó, hacia más de una hora. Subió a mi “seiscientos” y recorrimos algunos kilómetros en el coche. ‘Ahora -me dijo- cuando paremos al lado de un arroyuelo, dejamos aquí el auto y subimos este monte: detrás de aquellos árboles está la casa de la mujer que vende el “santo”.

Llamamos a la puerta y, después de un buen rato, advertimos que desde una ventana alguien atisbaba; se abrió la puerta, por fin, aunque más bien quedó entornada. La mujer en cuestión, nos dio los buenos días, mostrando algún recelo, y se dirigió a Fausti-

cientas pesetas por no hacer el viaje en balde: vengo desde La Coruña’.

‘Ah eso está lejos! ¡está lejos!; tiene que perdonar (frase muy socorrida en estos casos en Galicia) pero, como se dice por aquí: “donde hay patrón no manda marinero”. ¡Damián! -se dirigió entonces ella al marido, que no estaba muy lejos de donde se hacía el trato- ¿Qué te parecen las mil doscientas?’. ‘Si lo das por menos de mil trescientas cincuenta eres una “parva”-contesto él. ‘Tome las mil trescientas cincuenta pesetas de una vez porque me están volviendo loco’, les dije. ‘Además -continuó desde su escondite Damián-, al fin y al cabo, el San Roque lo heredaste tú, tuya, por tanto, es la última palabra’.

Cogí a Faustino por el brazo ‘¡Vámonos! Y, a ustedes ¡bueno! ¡a calentarse a la lumbre!’.

Faustino no encontraba palabras para calmarme y, para justificar la situación, salió con que la mujer era una “meiga”. ‘¿No vió como evitaba la luz del sol que entraba por la puerta?’. A partir de aquí decidí tomar la cosa a broma. ¡Lo que faltaba! ‘Mira Faustino si a alguien le “echó el meigallo” fue a ti, que eres más pequeño que yo’.

‘No ¡mire!’ -y sacó un ajo macho de un bolsillo del chaleco; ‘Ahora ya sabe quien vuelve a casa con el meigallo –me dijo- y se adelantó algunos pasos.

¡Vaya, encima le voy a dar esa satisfacción! Me puse a su nivel, saqué una llave del bolsillo y se la enseñé con mucho misterio. ‘¿Sabes quien tuvo esta llave en las manos?’ ¡No! ¡Juan XXIII! Así que ¡a callar! Faustino me miró un poco sorprendido como si masticara la contestación y me espetó: ‘Y ¿cuánto pide por ella?’.

no: ‘¿Este es el señor que viene a comprar el “santo”?’ ‘Así es, Justina’. Detrás de ella llegó el marido, dejando un San Roque en el suelo, y desapareció inmediatamente. Me gustó la talla que, aunque era algo popular, tenía el carácter y la ingenuidad propios de las esculturas gallegas. Seguidamente, le pregunté por el precio; entonces me interrumpió Faustino para indicar la cantidad que ya había concertado con Justina: mil pesetas. ‘¡Ay, no señor! Ahora por menos de mil doscientas -replicó la mujer- no la doy’. Intenté regatear para no facilitarle una contraofensiva comercial ¡Nada que hacer! ‘De acuerdo, le voy a dar las mil dos-